

rio, cayó sobre ellos de improviso y los derrotó. En seguida, mientras el archiduque Fernando, ganoso de fáciles triunfos, continuaba bajando por la izquierda del Vístula, de Varsovia á Thorn, é intimaba inutilmente la rendición á esta última plaza, el príncipe Poniatowski subía por la derecha del río, se dirigía sobre Cracovia para conquistar esta antigua metrópoli de la nacionalidad polaca, é iba á Galitzia á enarbolar el estandarte de la insurrección. También allí latían secretamente los corazones por la independencia de Polonia, de manera que produjo grande emoción el súbito apareamiento de su héroe más notable; y si los rusos, más celosos ó más activos, hubiesen auxiliado á aquel valiente cruzando el Vístula por Sandomir ó por la Cracovia, es seguro que hubieran cortado la retirada al archiduque Fernando y que éste no habría vuelto á pasar la frontera con tanta temeridad salvada.

Tales fueron en Italia, Austria y Polonia los acontecimientos hasta el 15 ó 18 de mayo. La ocupación de Viena, de resultas de las fulminantes maniobras de Ratisbona, había devuelto á la fortuna de Napoleón todo su ascendiente.

La Alemania, aunque llena de secreto rencor, demostraba menos efervescencia que al comienzo de la campaña; el mayor Schill, precisado á abandonar el Elba superior y á refugiarse hacia el litoral del Báltico, aunque hallaba en todas partes corazones que respondían al suyo, no encontraba brazos dispuestos á auxiliarle; la Prusia, intimidada con las noticias de los sucesos del Danubio, primero negados y después creídos, hacía buscar solícita al mayor Schill y dirigía al gabinete francés protestas de amistad y de condescendencia. Habiendo Napoleón asegurado su establecimiento en Viena, y hábilmente apostado á trechos en el camino los alemanes de los príncipes de segundo orden en Ratisbona, los sajones en Passau, los wurtembergueses en Lintz y el cuerpo de Davout en Saint-Polten, quería dar el golpe definitivo pasando el Danubio y cayendo sobre el archiduque Carlos, que había ido á situarse enfrente de él con su principal ejército. Pudiendo incorporarse las tropas de Davout y reunir hasta noventa mil combatientes, tenía en su mano el acabar la guerra sin esperar al príncipe Eugenio ni al general Macdonald ni al general Marmont. El archiduque Carlos, aunque reforzado con varios batallones allegados en Bohemia, de las reliquias del general Hiller y del archiduque Luis, no podía oponerle arriba de cien mil hombres; por lo tanto no tenía medios de intimidarle; sin embargo, la gran dificultad que había de superar para concluir la guerra era atravesar el Danubio á presencia de este ejército.

Pero ¿cómo verificarlo en aquella estación, con masas tan numerosas y contra otras masas no menos considerables? Esta era la meditación continua de Napoleón. En primer lugar, ¿convendría pasar el Danubio por debajo de Viena? Esta primera dificultad estaba ya en su ánimo resuelta. Volver atrás, hasta Krems por ejemplo, para ocultar al enemigo la operación del paso, era imposible, porque la población de Viena, exasperada y devota como era de la casa imperial, habría llamado al punto al archiduque Carlos, á no verse contenida por una fuerza que haría falta el día de la batalla decisiva; se habría Napoleón expuesto á perder á un mismo

tiempo la capital, los recursos que en ella había, sus medios de comunicación con el príncipe Eugenio, y el ascendiente moral de las armas. Tomar el paso por más abajo era más impracticable todavía, porque al peligro de ausentarse de Viena se hubiera agregado otro peligro mayor, cual era el de alargar su línea de operaciones, obligarse por consiguiente á guardar otro punto más, y privarse de veinticinco ó treinta mil hombres indispensables para presentar batalla. Era, pues, forzoso ejecutar el paso por la misma Viena, é igual precisión tenían los dos adversarios: Napoleón por las razones que acabamos de exponer, el archiduque Carlos por la presencia de Napoleón.

Podía sin embargo pasarse el Danubio por una legua más arriba ó más abajo sin faltar á las graves consideraciones precedentes. Los oficiales del cuerpo de ingenieros habían reconocido el río desde Klosterneuburg, punto en que sale de las montañas para dilatarse por la hermosa llanura de Viena, hasta las cercanías de Presburgo, y habían hallado gran diversidad en las dificultades del paso. Ensanchaba el Danubio delante de Viena y un poco más abajo dividíase en multitud de brazos y ocupaba más terreno, aunque se hacía menos rápido y profundo. Más abajo de Ebersdorf, acercándose á Présburgo, volvía de nuevo á acanalarse, aumentaba en profundidad y rapidez lo que perdía en anchura y corría entre orillas escarpadas, lo cual era un grave inconveniente para establecer puentes.

Escogió Napoleón para su maniobra la parte del Danubio más cercana á Viena, prefiriendo pasar el río por lo más ancho á pasarlo por lo más rápido y profundo, porque estando por allí repartido en brazos y sembrado de islotes, era menor la dificultad que tenían que superar, cuanto es toda carga más llevadera á fuerza de dividirla. Pensó con especialidad Napoleón aprovechar las islas que forman la separación de aquellos diversos brazos, pues si por acaso se ofrecía alguna bastante grande que pudiese contener un ejército numeroso, y que pudiese ocuparse con seguridad al abrigo de las exploraciones y de las balas de los austriacos, y después de la cual ya no hubiese más que pasar un brazo escaso de agua para desembocar delante del enemigo, era evidente que la dificultad del paso quedaba en gran manera disminuida. Aun cuando fuese menester para llegar á esa isla cruzar la corriente del Danubio por lo más caudaloso, lo cual era inevitable queriendo que no quedase que pasar más que un brazo insignificante en presencia del enemigo, bien valía la pena de probarlo, puesto que la parte más peligrosa de la operación iba á ejecutarse al amparo de dicha isla y de sus enmarañados bosques. Dos había que presentaban iguales condiciones: la de Schwartz-Laken, enfrente de Nussdorf, más arriba de Viena, y la de Lobau, dos leguas más abajo de la capital, enfrente de Enzersdorf. Napoleón dirigió sus miras á una y otra, y resolvió duplicar las probabilidades sirviéndose de ambas; pero la tentativa verificada con la primera, más bien como amago que como empresa formal, se frustró por falta de medios y de vigilancia. Envió el general de Saint-Hilaire quinientos hombres y un jefe de batallón, sin tener cuenta con una escollera que unía la isla Schwartz-Laken con la orilla izquierda que ocupaban los austriacos. Nuestros soldados, transportados en barcas, creyéndose defendidos por el peque-

ño brazo que faltaba atravesar, arrojaron con valentía los fuegos de fusilería y de cañón, pero se vieron en breve acometidos de improviso por varios batallones enemigos que se habían situado en la escollera, y después de una heroica resistencia, no pudiendo volver á cruzar la caudalosa corriente, fueron todos pasados á cuchillo ó hechos prisioneros. Este descalabro, sin embargo, tuvo su compensación, porque consiguió atraer la atención del enemigo hacia el punto de Nussdorf y alejarle de la isla de Lobau, adonde había resuelto Napoleón dirigir su principal tentativa.

La isla de Lobau, cuyo nombre se hizo célebre por los prodigiosos acontecimientos de que vino á ser teatro, no podía estar mejor dispuesta de lo que estaba para los planes de Napoleón. Era en parte arbolada, y presentaba en su longitud como una cortina continua de bosques seculares entre el enemigo y nosotros. Su extensión era considerable, porque tenía una legua de longitud y legua y media de anchura, de manera que aun estando en su centro nos podíamos considerar al abrigo de las balas austriacas. Una vez tomada la isla de Lobau, no teníamos que atravesar más que un brazo de sesenta toesas, dificultad todavía grande, aunque no excedía de las proporciones comunes. Pero había que trasladarse á aquella isla con ejército numeroso, y para esto atravesar el caudaloso Danubio formado de dos brazos inmensos, uno de doscientas cuarenta toesas y otro de ciento veinte, separados por un banco de arena. Echar un puente sobre una corriente como aquella era una de las más dificultosas operaciones; pero como había que hacerlo en todo caso de improviso, antes que pudieran advertirlo los austriacos, haciendo en barcas una repentina irrupción en la isla de Lobau, el establecimiento del puente venía á ser practicable, puesto que no había de tener lugar en presencia del enemigo. A su vista sólo se había de construir el último puente en el brazo de sesenta toesas que separaba la isla de la orilla izquierda. Dividida así la operación, ya era más probable el resultado. Pero quedaba en pie otra dificultad verdaderamente grave, que era el acopio de materiales: en efecto, se necesitaban de setenta á ochenta barcos de grandes dimensiones, miles de tablones, y sobre todo muchos y fuertes cables para sujetar el puente contra el ímpetu de la corriente; y cabalmente los austriacos, habiendo como era natural discurrido que el paso del Danubio sería la operación capital de la guerra, sólo se habían mostrado previsores acerca de este punto al dejar á Viena. Habían incendiado ó ochado á pique la mayor parte de las barcas grandes y dejado ir hacia Presburgo las que no habían destruído. Abundaba el maderaje, pero las amarras eran escasísimas: carecíamos en suma casi enteramente de medios de sujeción. Los puentes que antes había enfrente de Viena eran puentes de estribos, y por lo tanto nunca habían necesitado amarras como los puentes de barcas. Necesitábamos nosotros, pues, ó clavar estacas para sujetar á ellas las barcas, lo cual hubiera sido sumamente prolijo y expuesto á que lo descubriese el enemigo, ó proporcionarnos fuertes áncoras; pero no se usaban para navegar áncoras grandes en aquella parte del Danubio, y era por lo tanto muy difícil hacerse con ellas en cantidad suficiente no yendo á buscarlas á Presburgo ó á Komorn; sin embargo, supo Napoleón á fuerza de ingenio suplir con

diversas combinaciones los materiales de que carecía, y en esta ocasión le ayudaron mucho los dos generales, de ingenieros y de artillería, Bertrand y Perneti.

Barcos se encontraron algunos en Viena, pues los que bajaban por el Danubio en convoyes eran por lo general de una forma que no convenía, ó bien quedaban más arriba detenidos por los puentes de Passau, Lintz y Krems. Sacáronse varios del fondo del río, que se repararon lo mejor posible; de este modo reunimos cerca de noventa barcas, unas destinadas á formar el puente, otras á conducir los materiales al punto en que hacían falta. A fuerza de buscar en aquella gran ciudad, encontramos cables, que era imposible faltasen en cantidad considerable para la navegación de un río como el Danubio. Aserrando maderos, allí tan abundantes, nos proporcionamos también tablones; por último hubiéramos podido hasta fabricar áncoras en las herrerías de la Estiria, no lejos de Viena; pero esta operación requería mucho tiempo, y como Napoleón creía tener las fuerzas suficientes para batir al archiduque Carlos, deseaba concluir tan pronto como lo permitiese la prudencia. Con esta mira, ideó suplir la falta de las áncoras echando en el río grandes pesos, como cañones de grueso calibre hallados en el arsenal de Viena, ó cajones llenos de balas. Si no había en el río una crecida repentina de las que suelen ocurrir cuando se anticipan los calores, este medio podía ser suficiente; así se creyó en efecto, y de antemano se dispusieron los pesos que habían de reemplazar á las áncoras para no tener que hacer más que echarlos al río en el momento preciso.

Dispuesto todo en Viena para los días 16 y 17 de mayo, se condujeron los materiales á la altura de la isla de Lobau frente por frente á Ebersdorf. Al mismo tiempo expidieron las respectivas órdenes de concentración á las tropas que iban á entrar en acción al otro lado del Danubio. Toda la caballería, á excepción de una división de cazadores que quedó de observación en la frontera de Hungría, fué llevada de Presburgo y de Edemburgo sobre Viena. Entre los regimientos que la componían estaban los catorce regimientos de coraceros. El mariscal Davout, que debía primero pasar con todo su cuerpo á Viena, recibió orden de llevar solamente las dos divisiones de Friant y de Gudín y de repartir la de Morand entre Molk, Mautern y Saint-Polten, para oponerse á las tentativas del cuerpo de Kollowrath que el archiduque Carlos había situado en Lintz. Con los cuerpos de Lannes y Massena, la guardia y la reserva de caballería y los dos tercios del cuerpo de Davout, podía Napoleón presentar cerca de ochenta mil hombres en línea contra los austriacos; fuerza en verdad suficiente, porque el archiduque Carlos no estaba en situación de poder juntar arriba de noventa mil.

Los materiales para verificar el paso y las tropas destinadas á entrar en acción fueron encaminados del 18 al 19 de mayo hacia la pequeña ciudad de Ebersdorf. El cuerpo de Massena y con especialidad la mejor de sus divisiones, que era la de Molitor, fueron enviados por delante. Comenzó la operación el día 18 en presencia de Napoleón, que había dejado á Schœnbrunn para establecer su cuartel general en Ebersdorf. Acomodóse la división Molitor en barcas y fué sucesivamente transportada á la isla de Lobau, cruzando los dos brazos principales del Danubio. Ocupaban la parte que hace

frente á Ebersdorf varias avanzadas austriacas; las repelió el general Molitor, y no quiso pasar de la mitad de acá de la isla por no descubrir al enemigo nuestros proyectos. Se contentó con disponer sus tropas detrás de un pequeño canal, de doce á quince toesas escasas de anchura y fácil de vadear, el cual sólo lleva agua dentro de la isla en las grandes avenidas, y mientras hacía esto, el general de artillería Perneti procuraba establecer el puente. Empleáronse en éste cerca de setenta barcas grandes, para salvar los dos brazos que por aquella parte forman casi exclusivamente el río. Fué preciso amarrar repetidas veces las barcas por la facilidad con que las arrebatada la corriente; ésta por desgracia era cada vez más impetuosa, anunciando una avenida cuyos progresos aparecían formidables; pero al fin, á fuerza de sumergir enormes pesos á falta de áncoras, conseguimos fijar las barcas, y ya fué posible empezar á formar con tablones el piso del puente. Invirtióse todo el día 19 y la mitad del 20 en terminar esta larga operación; hecho lo cual el paso á la isla de Lobau quedó asegurado, no sobreviniendo algún percance imprevisto. Echóse con toda premura un puente de caballetes sobre el pequeño canal que atraviesa por medio la isla, y que aunque comúnmente en seco, empezaba ya á llenarse con la crecida; pasó por él la división de Boudet, que era una de las cuatro de Massena, y fué á reunirse con las de Molitor. Llegaron después la división de caballería ligera de Lassalle y varios trenes de artillería, con lo cual había suficiente para dejar limpia de enemigos la isla, como lo ejecutó el general Molitor al punto haciendo no pocos prisioneros.

Atravesamos la isla en toda su anchura y llegamos al segundo brazo, de sesenta toesas, por el estilo del Sena en París en las épocas comunes. Ya esta operación era muy hacendera, aun en presencia del enemigo, con sólo que no se arrojase en masa sobre las tropas que habían de ejecutarla: y por lo visto el archiduque Carlos no se hallaba aún prevenido, de modo que por de pronto no teníamos que habérmolas más que con una vanguardia. Encontró el general Molitor un punto muy favorable para el paso y se lo indicó al emperador, el cual aprobó del todo su elección: era este punto una especie de media luna que formaba el brazo del río, en tal disposición que situando nosotros unas cuantas piezas en sus dos extremidades salientes, podíamos cubrir de metralla el terreno donde habían de tomar tierra los nuestros y donde los esperaba el enemigo. Hízose por allí en efecto, y ni aun fué menester hacer muchas descargas, porque en el terreno saliente donde saltaron nuestros soldados no había más que unos cuantos tiradores. Encargóse al teniente coronel de artillería Aubry que sorprendiese el mismo día 20 por la tarde la construcción del último puente, para el cual se habían conservado los pertrechos tomados en Landshut y conducidos en carromatos. Embarcáronse con doscientos cazadores el ayudante del general Massena, Mr. de Sainte-Croix, y el ayudante de Bessieres, Mr. Baudrú; repelieron á los tiradores austriacos y amarraron el cable en que había de afianzarse el puente. Bastaron para éste quince pontones, por no tener más que unas cincuenta y cuatro toesas de ancho el río por aquella parte, y en tres horas quedó la comunicación expedita. El general Lassalle pasó inmediatamente después á la orilla izquierda con cuatro regimien-

tos de caballería y le siguieron los cazadores de las divisiones Molitor y Boudet. Una vez atravesado el puente presentábase un bosquecillo que se extendía de izquierda á derecha é iba á parar á los dos lados de la media luna que formaba el río. Se registró cuidadosamente y fueron desalojados de él varios destacamentos enemigos.

Pasado el bosque, ensanchaba el terreno y encontrábase á la izquierda el pueblecillo de Aspern y á la derecha el de Essling, nombres inmortales en la historia de los hombres, que aunque en verdad despiertan memorias lúgubres para la humanidad, también despiertan para las dos naciones francesa y austriaca recuerdos eternamente gloriosos. Corría de uno á otro pueblecillo una especie de foso poco profundo, que sólo en las avenidas se llenaba de agua. Podía la caballería atravesarle, porque en realidad más bien era una depresión del terreno que un verdadero foso. El general Lassalle le salvó á galope con su caballería, dispersó las avanzadas enemigas, y dejó despejada aquella llanura, llamada de Marchfeld, que, formando un declive suavísimo de dos ó tres leguas, se eleva insensiblemente hasta unas alturas que llevan también otros nombres inmortales: Neusiedel y Wagram.

Al terminar aquel día caliente y despejado de primavera, tan sólo se descubría entre la obscuridad una numerosa vanguardia de caballería. Hizo ésta amago de acometer al general Lassalle, el cual se replegó, salvó de nuevo el foso de que hemos hecho mención y evitó una refriega inútil. Nuestros cazadores emboscados en la sinuosidad del terreno recibieron á la caballería austriaca con descargas á quemarropa, cubrieron el campo de cadáveres y la obligaron á ciar. Así empezó en la tarde del 20 de mayo la sangrienta batalla de Essling.

Habíamos atravesado el Danubio, y si los austriacos, cuyas avanzadas acabábamos de descubrir, se presentaban al otro día, podíamos estar seguros, salvo cualquier error impensado, de poder desembocar y efectuar nuestro despliegue antes que ellos pudiesen hacer ningún esfuerzo para repelerlos al río. Sin embargo, podía ocurrir un contratiempo, y ocurrió en efecto; aquella misma tarde del 20, mientras pasábamos á vista del enemigo el brazo pequeño del río, el puente grande, establecido sobre los dos brazos principales, se rompió al desprenderse unas barcas que por no estar sujetas con áncoras cedieron á la violencia de la corriente. Este desgraciado accidente era resultado de una crecida repentina de tres pies, dimanada del derretimiento prematuro de las nieves de los Alpes, y podía volver á repetirse. La caballería ligera del general Marulaz se había visto cortada en dos mitades con el rompimiento del puente: una parte había llegado hasta la isla de Lobau, mientras la otra quedaba en Ebersberg. Por fortuna los generales Bertrán y Perneti emprendieron la reparación del daño con grande actividad, y el puente quedó compuesto aquella misma noche.

Aunque sin estar enteramente resuelto á presentar la batalla, con medios tan inseguros como los que tenía á su disposición, repugnaba á Napoleón abandonar la operación comenzada, y estaba decidido á mantener aquella importante comunicación, reservándose el perfeccionarla más adelante haciéndola más segura y menos intermitente. La media luna entrante que formaba el brazo

pequeño y que flanqueaba por derecha é izquierda con sus fuegos una artillería nada despreciable, ofrecía un terreno ventajosísimo para desembocar. Los dos pueblos de Aspern y de Essling, aquél á la izquierda y éste á la derecha, unidos entre sí por una especie de foso ó barranco, eran dos utilísimos apoyos para desplegar el ejército. Semejante posición bien valía la pena conservarla, ya se aplazase ó no la batalla: con este objeto, la división de Molitor fué á hacer noche á Aspern y la de Boudet á Essling; la caballería de Lassalle permaneció acampada entre ambos pueblos, delante del bosquecillo; Napoleón se estableció en el mismo punto con un destacamento de su guardia y según su costumbre durmió tranquilamente sin desnudarse. Varios oficiales enviados á hacer reconocimientos durante la noche volvieron con informes contradictorios: unos pretendían que los austriacos se hallaban en el Marchfeld dispuestos á entrar en acción; otros sostenían que no había ejército enemigo esperando, y que las fuerzas que se divisaban equivalían todo lo más á una numerosa vanguardia de caballería. Con tan opuestos informes se resolvió esperar al siguiente día, estando todo dispuesto para la batalla, si el ejército conseguía pasar, ó bien para la retirada á la isla de Lobau si no podía atravesarse el Danubio con fuerzas suficientes.

Reparado que fué el puente grande durante la noche, ya pudieron pasar el Danubio el 21 de madrugada la caballería del general Marulaz, los coraceros del general Espagne, la división de infantería de Legrand y parte de la artillería. Pero el no haber más que un solo puente así en el brazo grande como en el pequeño, y la anchura de la isla de Lobau, que era preciso cruzar por completo, hacían el desfile sumamente pesado. Hacia mediodía, habiendo subido el mayor general Berthier al campanario de Essling, divisó claramente al ejército del príncipe Carlos que bajaba por la pendiente del Marchfeld, describiendo un vasto semicírculo en torno de Aspern y de Essling. Era Berthier el hombre que tenía más tino en aquella época para calcular á ojo la extensión de un terreno y el número de hombres que en él hubiese: calculó en unos noventa mil hombres el ejército austriaco y reconoció claramente que se dirigía á caer sobre el ejército francés en el momento de verificar el paso. En efecto, el archiduque Carlos, advertido el día 19 de la presencia de los franceses en la isla de Lobau, sólo se había arriesgado á salir á reconocerlos al siguiente día á la cabeza de su caballería, y convencido de su intención después de haberlos observado de cerca, no puso en movimiento sus tropas hasta el 21 de madrugada, contentándose con tenerlas en línea el mismo día por la tarde. Si se hubiese presentado el 20 por la tarde ó en la mañana del 21 entre Aspern y Essling, la parte del ejército francés ya transportada al otro lado del río se habría visto en el mayor peligro.

El mayor general dirigió al punto su informe al emperador, el cual vió por fin en aquella noticia el cumplimiento de lo que tanto había deseado, esto es, la ocasión de batir de nuevo al ejército austriaco y de acabar con él. En esto le anunciaron nuevamente que había vuelto á romperse el puente grande de resultas de la crecida que iba aumentando por horas, en términos que el Danubio que había subido de nivel tres pies desde el día anterior, acababa de subir otros cuatro, y

todas las amarras cedían al ímpetu de la corriente. No tenía consigo Napoleón en aquella sazón (el día 21 por la tarde) más que las tres divisiones de infantería de Molitor, Boudet, Legrand, y las divisiones de caballería ligera de Lassalle y Marulaz, la división de coraceros del general Espagne y parte de la artillería; fuerzas que ascendían á unos veintidós ó veintitrés mil hombres (1), y por lo tanto escasas, aunque selectas, para

(1) Para valuar las fuerzas empleadas en las dos grandes jornadas del 21 y 22 de mayo, que llevan el nombre de batalla de Essling en Francia, y de batalla de Aspern en Alemania, hemos hecho las más escrupulosas investigaciones, lo mismo que para todas las demás grandes batallas de la época. Como documentos existen acerca de estas señaladas funciones varias obras impresas, así en Francia como en los países extranjeros, que contienen aserciones notablemente abultadas en un sentido y en otro. Existen además los estados del depósito de la guerra, formados á gran distancia de los países en que ocurrían los hechos, puesto que se formaban en París y por lo tanto poco exactos. Por último existen los cuadernos del emperador mismo, escritos en el estado mayor general bajo la inspección de Berthier, y por lo mismo más verídicos que cualesquiera otros documentos. Sin embargo, hasta estos mismos contienen errores según los asertos de los generales, que en sus memorias no se atribuyen siempre las mismas fuerzas que les atribuían las oficinas de Berthier. Comparando entre sí estos documentos, se advierte que los austriacos han supuesto que todo el ejército francés había pasado el Danubio, y se atribuyen sólo setenta mil hombres contra ochenta ó cien mil. Los historiadores franceses por el contrario hablan de cuarenta mil franceses combatiendo por espacio de dos días con cien mil austriacos. La verdad está sin duda entre ambos extremos, y á nuestro juicio es la siguiente, reproducida con toda la exactitud posible.

Las fuerzas que pasaron el 20 y el 21 por la mañana fueron:

La división de Molitor.	6.500 hombres.
La división de Boudet.	5.000 »
La división de Legrand	4.500 »
Las divisiones de la caballería ligera de Marulaz y Lassalle. . . .	4.500 »
Los coraceros de Espagne.	2.000 »
	22.500 hombres.

Es decir, de veintidós á veintitrés mil hombres. Los estados traen números más altos, pero evidentemente inexactos.

El 21 por la noche pasaron:

La división de Carra Saint-Cyr.	6.000 hombres.
Los coraceros de Saint-Germain.	1.500 »
	7.500 hombres.

Lo cual hace ascender las fuerzas del primer día á un total de 22.500 hombres en la mañ.^a del 21.
7.500 en la noche del mismo 21.
30.000 hombres.

El día 22 pasaron:

Las dos divisiones de Oudinot.	11 ó 12.000 hombres.
La división de Saint-Hilaire.	8.000 »
La guardia.	6 ó 7.000 »
La división de Demont	5.000 »
TOTAL.	62.000 hombres.

De modo que en realidad la primera jornada de Essling, que fué la del 21, empezó con veintidós ó veintitrés mil hombres y

presentar batalla á un ejército de noventa mil combatientes. Mandó, pues, abandonar á Aspern y á Essling y reparar el puente del brazo pequeño, pero sin destruirle, porque merced á la media luna que allí formaba el río era fácil defenderle del enemigo con una gran masa de artillería. Allí, al amparo de una corriente de sesenta toesas de anchura, ya sumamente rápida y profunda, podíamos esperar hasta que la recomposición del puente grande y el descenso de las aguas permitiesen preparar una operación segura y decisiva. Empezaba á cumplirse esta orden, cuando los generales de división suscitaron varias objeciones muy naturales contra el abandono de unos puntos tan ventajosos como Essling y Aspern. Expuso el general Molitor á Napoleón que el pueblo de Aspern, donde su división había hecho noche, era de inmensa importancia, que costaría el recobrarle torrentes de sangre, y que por el contrario una escasa fuerza bastaría para defenderle largo tiempo contra las más pujantes acometidas, por lo que convenía pensarlo bien antes de decidirse á tamaño sacrificio (1). En el mismo caso se hallaba Essling. Si abandonáramos estos dos puntos, ya podíamos renunciar á pasar por aquel ventajoso paraje, aplazar sin término conocida una operación de tanta urgencia, suspender las obras ejecutadas, y entregarnos en suma con los brazos cruzados á los más peligrosos azares. Mientras pesaba Napoleón la fuerza de estas consideraciones, recibió la noticia de que el puente grande estaba ya compuesto, que las aguas empezaban ya á bajar, que los convoyes de artillería cargados de municiones empezaban á desfilarse, y que por lo tanto podía estar seguro de tener juntos á las pocas horas todos sus recursos. Con sólo que pudiese reunir unos veinte mil hombres más, especialmente de coraceros, y tener sus arcones bien provistos de municiones, ya nada temía Napoleón, por lo cual volvió á acariciar con júbilo la idea, á que momentáneamente había renunciado, de habérselas con el grande ejército austriaco y derrotarlo. Mandó en consecuencia al general Boudet, que no había dejado á Essling, que le defendiese con toda energía; autorizó al general Molitor, cuya división había ya salido de Aspern, para que lo recobrase á viva fuerza, antes que el enemigo tuviese tiempo de establecerse en él. El mariscal Lannes quiso, á pesar de que su cuerpo aún no había pasado el Danubio, situarse en el punto adonde todavía no habían llegado sus soldados, y tomó el mando del ala derecha en Essling. La caballería quedó á sus órdenes, con el mismo mariscal Bessieres que la mandaba. Encomendóse á Massena el ala izquierda, y su puesto era el pueblo de Aspern que iba á recuperar la división de Molitor. La división de Legrand fué situada detrás, con la caballería ligera de Marulaz. La división de caballería ligera de Lassalle y la división de coraceros de Espagne ocuparon el espacio entre Aspern y Essling.

acabó con treinta mil. La segunda y más sangrienta, esto es, la del 22, se empeñó con sesenta mil hombres contra unos noventa mil. Pero, como diremos más adelante, no fueron las fuerzas las que faltaron, sino las municiones. Con aquellos sesenta mil hombres habría ganado Napoleón la batalla si hubiera podido disponer de los convoyes de artillería.

(1) El mismo mariscal Molitor me ha referido estos pormenores, y para no olvidarlos los he escrito á su presencia.

(N. del A.)

(N. del A.)

Toda la artillería disponible fué colocada en los intervalos. Hízose ocupar por un enjambre de tiradores la hondonada ó barranco de que hablamos atrás, que era el álveo enjuto de una corriente que antes se extendía de uno á otro pueblecillo, y estos tiradores esperaban allí emboscados, con el arma preparada, que llegasen los austriacos á tiro de fusil. Iban, pues, nuestros veintidós ó veintitrés mil hombres á medir sus fuerzas con cerca de noventa mil.

El archiduque Carlos había dividido su ejército en cinco columnas. La primera, bajo el general Hiller, debía ir avanzando sin separarse del Danubio por Stadlau, embestir á Aspern, y procurar tomarlo de concierto con la columna segunda. Ésta, mandada por el teniente general Bellegarde, debía marchar por Kagrán é Hirschstatten sobre el mismo pueblo de Aspern, que, arriado al Danubio, parecía cubrir el puente del ejército francés. La tercera, mandada por Hohenzollern, y marchando por Breitenlee sobre el mismo punto, debía también embestirle para más seguridad de tomarle. Las columnas cuarta y quinta, formadas con el cuerpo de Rosemberg, debían completar el semicírculo trazado en torno del ejército francés y acometer la una á Essling y la otra á la pequeña ciudad de Enzersdorf situada más allá. Como esta última población no parecía ofrecer grandes obstáculos, las dos columnas tenían encargo de reunir sus esfuerzos contra Essling. Para establecer la unión entre sus tres columnas de la derecha y las dos de la izquierda, había el archiduque dispuesto en batalla entre ambas masas la reserva de caballería del príncipe de Liechtenstein. Mucho más atrás, en Breitenlee, estaban los granaderos escogidos como formando una segunda reserva. Las reliquias del cuerpo del archiduque Luis, muy cercenado con los destacamentos que había ido dejando en el Danubio superior, estaban en observación hacia Stammersdorf, enfrente de Viena. El cuerpo de Kollowrath, como dejamos dicho, estaba en Linz. Las cinco columnas de operaciones, con la caballería de Liechtenstein y los granaderos, podían presentar unos noventa mil combatientes (2) y cerca de trescientas bocas de fuego.

(2) Todavía es más difícil hallar la verdad en el avalúo de las fuerzas austriacas que en el de las francesas. Sin embargo, una relación de la batalla de Essling, sugerida por el archiduque Carlos, atribuye á los diferentes cuerpos el siguiente número de batallones y escuadrones:

Hiller,	1. ^a columna,	19 batallones	22 escuadrones
Bellegarde,	2. ^a columna,	20 »	16 »
Hohenzollern,	3. ^a columna,	22 »	8 »
Rosemberg,	4. ^a columna,	13 »	8 »
Rosemberg,	5. ^a columna,	13 »	16 »
Granaderos,		16 »	
Reserva de caballería,			78 »
TOTAL.		103 batallones	148 escuadrones

La dificultad está en valuar la fuerza de los batallones, ignorada probablemente en el estado mayor austriaco el día de la batalla, y que siendo de mil ó mil doscientos hombres al abrirse la campaña, no podía bajar de seiscientos ó setecientos en los días 21 y 22 de mayo. Suponiendo que cada batallón tuviese seiscientos cincuenta hombres, y cada escuadrón ciento veinte ó ciento treinta, resultan sesenta y cinco mil hombres de infantería y veinte mil de caballería; y agregando cinco mil de artillería para servir doscientas ochenta y ocho bocas de fuego (cálculo por cierto bien moderado), sacamos en limpio cerca de los noventa mil hombres. Los

Aunque el archiduque hubiese reunido grandes fuerzas contra Aspern, que era el punto esencial que había que tomar porque cubría el puente pequeño, no obstante el semicírculo trazado alrededor de Aspern, de Essling y de Enzersdorf, era débil en el centro y podía romperse con una carga que diesen nuestros coraceros. Cortado entonces en dos el ejército austriaco, podía volverse contra él la suerte, antes ominosa para nosotros. Así lo echó de ver Napoleón á la primera ojeada, y resolvió aprovechar esa circunstancia en cuanto sus principales fuerzas pasasen el Danubio. Por de pronto sólo cuidó de mantener expedita su salida, defendiendo poderosamente á Aspern á su izquierda y á Essling á su derecha y protegiendo el espacio intermedio con su caballería.

No bien autorizó Napoleón al general Molitor para que recuperase á Aspern y al general Boudet para que conservase á Essling, trabóse la pelea hacia las tres de la tarde con el mayor ímpetu. La vanguardia de Hiller, bajo las órdenes del general Nordmann, había marchado sobre Aspern y entrado el pueblo aprovechando el movimiento de retirada de la división Molitor. Había penetrado también, lo que era aún más grave, en una pradera arbolada, á la izquierda de Aspern, que se extendía desde este pueblo al Danubio y que, bañada en torno por un brazo pequeño del río, presentaba como una especie de islote. Apoderándose de este islote, podía el enemigo pasar por entre Aspern y el Danubio, envolver nuestra izquierda y ocupar el puente pequeño, única salida que teníamos para desembocar ó retirarnos. Al frente de los regimientos 16 y 67 de línea, que eran bien completos y estaban mandados por dos de los más brillantes coroneles del ejército, Marín y Petit, entró el general Molitor á paso de carga por la vía que dividía el pueblo por medio para desalojar á los austriacos: penetraron los dos regimientos á la bayoneta por aquella calle, espaciosa como las de todos los pueblos de Austria, que están construídos con gran solidez y holgura: vencieron cuantos obstáculos se les opusieron, pasaron adelante é hicieron despejar las cercanías de la iglesia, que se alzaba al fin de la indicada calle. Colocó después

boletines franceses traen fuerzas más considerables, pero son evidentemente inexactos: noventa mil hombres es á nuestro entender el total más verosímil. En estas cosas la verdad absoluta nunca puede descubrirse, ya lo hemos dicho repetidas veces: exíjase en buen hora del historiador que se acerque á ella todo lo posible, pero no que asegure con fijeza aquello que los mismos jefes de los ejércitos beligerantes ignoraron. Dos ó tres mil hombres más ó menos nada significan ni alteran el carácter del acaecimiento. No hay gobierno, por bien servido que esté y por bien montada que tenga la contabilidad, que sepa al dar su paga á cien mil hombres que realmente han entrado en línea, cuántos son los que están de baja el día de la acción, porque para esto tendría que saber cuántos fueron destacados, cuántos quedaron en el camino enfermos, cuántos había en los hospitales el día antes, y cuántos aquella mañana y aquella noche; cosa absolutamente imposible. No puede la historia aspirar á saber más que los mismos gobiernos que pagan á los ejércitos. Lo que importa es no alterar el carácter de los grandes sucesos, y esto se consigue procurando acercarse todo lo posible á la verdad con respecto á los números, las distancias, la duración, las circunstancias todas y todos los pormenores. Descanso en el convencimiento de no haber omitido para esto diligencia alguna, y creo haber reunido más documentos y más observaciones acerca de ellos que los que me han precedido. Protesto llevar hasta el escrúpulo la sinceridad histórica, y que en teniendo noticia de que existe en alguna parte un documento para mí desconocido, no me doy por satisfecho hasta poderlo consultar.

(N. del A.)

el general Molitor sus dos regimientos al amparo de un gran espaldón de tierra que rodeaba á Aspern y esperó á la columna de Hiller, que avanzaba á socorrer á su vanguardia. Dejó que se acercara y en seguida rompió contra ella un fuego nutrido y mortífero, que causó gran destrozo en sus filas. Duró el fuego bastante rato, mandó luego el valiente Molitor que saliesen sus soldados del espaldón con que estaban parapetados, y los envió calada bayoneta contra la columna austriaca, que fué repelida á gran distancia. Quedó al punto despejado el campo y el primer ataque enérgicamente contrastado; y después de este acto de vigor, empleando hábilmente el general los otros dos regimientos de su división, envió el 37 por la izquierda al islote de que acabamos de hablar, le recuperó, y aprovechando todos los accidentes del terreno, se esmeró en hacerle inaccesible y puso el 2.^o á la derecha de la entrada del pueblo para impedir que fuese envuelto. Massena, que se hallaba presente á estas disposiciones, formó á la derecha y detrás de Aspern la división de Legrand para moverla cuando fuese necesario. La caballería del general Marulaz, compuesta de cuatro regimientos franceses y dos alemanes, formaba el vínculo de unión con la caballería de los generales Lassalle y Espagne hacia Essling. Por este lado la división de Boudet sólo se las había con las vanguardias de Rosemberg, que iban marchando hacia Enzersdorf.

Este, sin embargo, no era más que el preludio de aquella tremenda jornada. Repelido Hiller, volvió en breve á la carga sostenido por la columna de Bellegarde. Llegado que hubo ésta á la línea, se estrechó contra la columna de Hiller, y las dos en masa acometieron al pueblo de Aspern por el lado próximo al Danubio y por el centro. Los regimientos 16 y 17 de línea, situados delante de Aspern, sosteniendo á corta distancia un fuego continuo, inmolaron al pie del espaldón miles de enemigos; pero las columnas austriacas, que reparaban al punto sus pérdidas, avanzaron hasta el mismo espaldón y le embistieron á pesar de los dos regimientos del general Molitor, á los que obligaron á plegarse á lo interior del pueblo. Logró el general Vacquant apoderarse de la extremidad de la anchurosa calle en que estaba situada la iglesia; al verlo el intrépido Molitor cae sobre él con el 2.^o que estaba de reserva, y trábase una sangrienta refriega. Establécese un horroroso flujo y reflujo entre austriacos y franceses, los cuales, tan pronto vencidos como vencedores, van y vienen del uno al otro extremo de la larga calle de Aspern. Aproxímase por de fuera nuevas tropas, porque las columnas de Hiller y Bellegarde solas juntaban por lo menos unos treinta y seis mil hombres, contra los cuales lidia la división de Molitor con siete mil; pero Massena, para tenerlas á raya, lanza contra ellas los seis regimientos de caballería ligera del general Marulaz. Era éste uno de los más valientes y entendidos oficiales de caballería formados en nuestras largas campañas: arranca al galope contra las líneas de la infantería austriaca, que forman diversos cuadros para recibirle; rompe varios de éstos, pero se ve detenido por las masas compactas que había al otro lado; precisado á volver atrás, llévase varias piezas de que se había apoderado, y aunque no puede hacer desalojar el terreno, disputa su posesión al enemigo, al cual impide que dirija todas sus fuerzas sobre Aspern. Dentro del pueblo el general Molitor, fortalecido en las casas con tres de